

Vida Internacional

EL EJERCITO, DE NUEVO, EN LA ARGENTINA

Los presidentes de Colombia y Venezuela enviaron sendos cablegramas de felicitación a su Colega de la Argentina, Dr. Arturo Frondizi, cuando parecía que éste había logrado resistir, firme en su puesto, la arremetida de los militares.

Es lo más probable que tal felicitación haya sido un tanto prematura o injustificada, pero es perfectamente explicable. Tanto Betancourt como Lleras Camargo defendían, ante todo, sus propias posiciones (y con razón) al expresarle su simpatía a Frondizi.

En América Latina se ha producido en los últimos cinco años una situación paradójica al menos en apariencia, y el caso extremo y más desalentador de esa situación es, precisamente, el que ofrece la Argentina.

Entre 1955 y 1959, cuatro dictadores cayeron sucesivamente: Perón en 1955, Rojas Pinilla en 1957, Pérez Jiménez en 1958 y Batista al año siguiente. Todos ellos se derrumbaron por efecto inmediato de la acción de las fuerzas armadas, de las cuales un sector por lo menos cedió a la presión de la opinión pública movilizadas contra los excesos de la dictadura. La excepción la constituye el caso cubano, pues en Cuba fue la revolución la que creó su propia fuerza militar. En los otros tres países hubo militares como miembros de los gobiernos de transición, y el ejército, que nunca perdiera su tradicional papel de superpartido o suprema instancia política, lo ha conservado más o menos discretamente, o en forma por completo indiscreta, como en la Argentina. Parece obvio que tal estado de cosas no ha de cambiar por la promulgación de nuevas Constituciones ni tampoco por reducirse drásticamente el número de las fuerzas armadas (¿Quién le pone el cascabel al gato?), sino por la paulatina consolidación de las estructuras políticas democráticas y, ante todo, de sus bases sociales. No hay duda de que de los cuatro países nombrados es Venezuela el que muestra un proceso más promisorio en ese sentido.

LA EVOLUCION ARGENTINA

Por lo que se refiere a la Argentina hay que tener presente que el militarismo, esto es, la intromisión o predominio de los militares en la gestión política, es, por desgracia, un fenómeno ya duradero. No hay que achacarlo a los generales de hoy (o a Frondizi), ni siquiera a Perón. Es desde luego, un legado del caudillismo clásico del siglo XIX y, más inmediatamente, a la intervención del

general José Félix Uriburu, el que se sublevó contra el octogenario presidente Hipólito Yrigoyen en 1930.

Yrigoyen, un caudillo de la clase media, llegó por segunda vez a la presidencia en 1928, en lucha contra otra fracción de su propio partido, el Radical, que dominaba, prácticamente sin contrapeso, la escena política argentina. Aprovechando el descontento producido por el malestar económico y la corrupción administrativa, los elementos derechistas convirtieron a Uriburu en un salvador de la patria...

Durante cuatro años, Uriburu gobernó con intervención en las provincias y mediante la aplicación del estado de sitio. El partido Radical decidió abstenerse ante la presión gubernamental y Uriburu entregó el poder, en 1932, a otro general: don Agustín P. Justo, que gobernó en forma semejante. El Dr. Roberto M. Ortiz, "elegido" en 1938 quería utilizar el fraude (electoral) para terminar con el fraude, según decía, pero murió antes de terminar su período, en 1942. Antes que se cumpliera un año, los militares estaban de nuevo en el gobierno, mediante el golpe de Estado del 4 de junio de 1943. En este, tras los generales de viejo cuño que figuraban en la fachada (Ramírez y Farrell) actuaron los coroneles que dirigía Perón.

La originalidad de Perón estuvo en que basó su poder en dos elementos contrapesados deliberadamente: las fuerzas obreras y las fuerzas armadas, movilizadas por la prédica del nacionalismo y la justicia social.

Cuando Perón cayó en septiembre de 1955, la situación económica del país había desmejorado apreciablemente. Se habían dilapidado las cuantiosas reservas de oro y divisas acumuladas durante la guerra y que ascendían al equivalente de 1.700 millones de dólares; el 62% de todas las de América Latina y la Argentina, después de haber rescatado su deuda externa y nacionalizado sus ferrocarriles, teléfonos y servicio de gas, estaba de nuevo endeudada, y a corto plazo, en cerca de 800 millones de dólares. En realidad, durante diez años, el régimen peronista se había alimentado de las reservas acumuladas y de la capacidad instalada de producción, aprovechando, además la extraordinariamente favorable relación de términos del intercambio surgida a raíz de la guerra. De 1946 a 1948 ese factor significó para la Argentina un aumento extra de 4.200 millones de pesos de su capacidad de pagos sobre el exterior.

Parece conveniente recordar esto porque la propaganda peronista y la reacción simplista de las masas hace recaer sobre la gestión del gobierno provisional y de Frondizi un desmejoramiento de la situación que, en gran parte, es consecuencia de la desastrosa administración del "genial conductor". Otra de las paradojas latinoamericanas es que las dictaduras surgen y se mantienen en las épocas de bonanza económica, dilapidan los recursos extraordinarios de que disponen y legán, a los gobiernos democráticos que las suce-

den, problemas muy serios, agravados por la escasez de medios para solucionarlos y magnificados por una libertad de crítica que hasta tiende a producir nostalgia de los buenos tiempos dictatoriales...

LA RESPONSABILIDAD DE FRONDISI

Sin embargo, Frondizi parece tener una grave responsabilidad al no haber contribuido a la necesaria reeducación democrática de las masas argentinas a la caída de Perón. Con habilidad no exenta de cierto cinismo, el jefe del ala Intransigente del partido Radical advirtió que un gran sector del pueblo argentino, el más "popular", quizá un tercio de los electores del país, seguían mirando con simpatía al "dictador depuesto". Esa simpatía a un caudillo podía transferirse a quien encarnara las mismas ideas de nacionalismo económico y justicia social. Se trataba, en suma, de hacer peronismo sin Perón y frente al largo gobierno provisional de Aramburu, que duró más de dos años, Frondizi y sus seguidores adoptaron una línea de ataque bastante parecida a la del peronismo, lo que, por otra parte, los llevó a acallar, prácticamente, las críticas al dictador y a su régimen.

Las elecciones a la Asamblea Constituyente, celebradas en julio de 1957, mostraron que los radicales intransigentes (los de Frondizi) tenían menos fuerzas que sus enemigos, los radicales del Pueblo (1.850.000 votos contra 2.100.000), pero, que aliados a los peronistas y los comunistas, podrían ganar completamente el control del nuevo gobierno en las próximas elecciones.

Aunque Frondizi no haya firmado el famoso pacto secreto que Perón hizo publicar en junio del año pasado, es un hecho que en febrero de 1958, los peronistas que habían votado, y luego han vuelto a votar en blanco, sufragaron por Frondizi y los candidatos radicales intransigentes al Congreso y que el nuevo presidente llegó al poder con pesados compromisos.

La alianza radical intransigente—peronista—comunista, constituida por fuerzas de naturaleza antagónica, era precaria e inestable. Estaba fatalmente condenada a romperse y a dejar a Frondizi en minoría, a menos que un éxito fulgurante en su gestión económica ampliara rápidamente la base de su popularidad. En las masas obreras satisfechas, el peronismo perdería así su arrastre y, por otro lado, frente a un gobierno con sólido respaldo en la opinión pública, las fuerzas armadas se verían coartadas para intervenir.

Porque la mayoría de las Fuerzas Armadas (prácticamente toda la Marina y el sector mayoritario del Ejército) habían seguido con desconfianza apenas disimulada los contactos de Frondizi y el peronismo. El sector llamado "gorila", violentamente contrario a Perón, no ocultaba su oposición al nuevo presidente y todo indica que hubo un intento para impedirle asumir el mando. En todo caso, dicho sector, cuyos jefes originarios han pasado casi todos a retiro, ha mantenido una

constante vigilancia de la evolución política y ha intervenido cuantas veces ha sido necesario para forzar la mano del gobierno a fin de reprimir con energía la agitación peronista a través de las organizaciones sindicales, el terrorismo o la penetración comunista, que ha utilizado como vehículo la lenta pero fatal desintegración del peronismo.

Frondizi se ha visto imposibilitado para resistir a esta presión porque, como lo revelaron las elecciones de marzo de este año, su gobierno carece hasta de un grado peligroso de apoyo popular y, en cambio, tiene implacables enemigos.

Vigilado desde un comienzo por las fuerzas armadas, Frondizi no ha podido cumplir sus compromisos—expresos o tácitos— con los peronistas, que se han volcado en su contra y, por otro lado, no sólo no ha podido lograr un rápido restablecimiento de la prosperidad, sino que se ha visto forzado a una política económica tremendamente impopular. La aplicación de las recetas financieras exigidas por el Fondo Monetario, el Banco Internacional y la Secretaría del Tesoro norteamericano como condición para su ayuda, ha llevado en la Argentina a una política de "sobriedad" y "estabilización" cuya repercusión inmediata ha sido una tremenda alza del costo de la vida para la gran masa consumidora.

De tal manera, los jefes militares han tenido campo libre para supervigilar la marcha política del país para tratar de mantener en todo momento bajo control las fuerzas peronistas y comunistas y su infiltración en la maquinaria administrativa y política, y para hacer las rectificaciones a la política económica que les parecen más convenientes. Puede creerse que su acción se ha limitado a esa supervigilancia, afirmada por intervenciones periódicas, gracias a que existen divergencias entre las tres ramas de las fuerzas armadas y en el seno mismo del ejército, y a que no ha surgido en las filas ningún caudillo con la estatura y la voluntad suficientes para desencadenar un movimiento. Pero las circunstancias podrían suscitarlo o provocar, finalmente, a un aventurero. En todo caso, la situación no ha llegado aun a ser tan grave en lo económico o en lo político como para tentar a un "salvador".

LOS ULTIMOS ACONTECIMIENTOS

La Argentina es de aquellos países donde las crisis políticas suelen aún dar ocasión a duelos de los llamados "caballeroscos", mediante los cuales una persona que se estima ofendida cree que puede quitar toda mancha a su honor poniendo al aire los intestinos o los que se supone sean los sesos de su contrincante. Hasta el momento de escribirse este comentario todavía no se sabía si los generales Carlos Toranzo Montero y Rodolfo Larcher lavarían o no sus respectivos honores de manera tan curiosa. Lo que sí se sabía era que los militares habían expresado sus "inquietudes" al presidente constitucional de la Nación, le habían hecho "sugerencias" sobre la

mejor manera de satisfacerlas y habían designado a compañeros de su confianza para ocupar puestos claves para vigilar el cumplimiento exacto y oportuno de tales "sugerencias". Lo más despanpanante es que el comandante en jefe del Ejército, general Carlos Toranzo Montero, con todo esto, haya declarado que "en ningún momento el Ejército ha intentado apartarse del cumplimiento de su deber, encuadrado, como siempre, en la Constitución y en las leyes". Y como el Secretario de Guerra del Ministerio constitucionalmente designado por Frondizi, general Larcher, le reprochó enérgicamente su original (aunque un tanto consuetudinaria) interpretación del papel del Ejército en un Estado de derecho, el general Toranzo se sintió ofendido.

Desde fines de septiembre había persistentes rumores en Buenos Aires sobre descontento en el ejército por la política seguida en diversas materias por Frondizi. El primer brote aparente se produjo el 3 de octubre, cuando en una sesión del Directorio de Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF), el representante del ejército, general Pedro Charpy, criticó las ventajas —excesivas a su juicio— que se estaban otorgando a las compañías extranjeras, al dárseles la posibilidad de explorar y explotar el llamado "flanco sur" de los campos de Comodoro Rivadavia. Fue un general —Mosconi— el creador de YPF y otro general —Savio— el impulsador de los planes para tener una siderurgia propia, y el ejército argentino, a través de la Dirección de Fabricaciones Militares, tiene desde hace más de tres décadas un interés abierto y cierta tutoría sobre el desarrollo de las ramas de la producción que estima directamente necesarias para la defensa nacional. Demás está decir que esa acción se ejerce con criterio más bien nacionalista...

La forma en que el general Charpy criticó al gobierno era un síntoma de que algo más estaba en desarrollo.

En la noche del sábado 8 de octubre llegó apresuradamente del extranjero el Secretario de Guerra, general Rodolfo Larcher y el lunes en la mañana estuvo casi tres horas conferenciando a puertas cerradas, en su oficina, con un grupo de generales del ejército. A la salida, Larcher desmintió, naturalmente, que el Ejército estuviese haciendo exigencias políticas y, por supuesto, nadie le creyó.

Ese mismo día lunes en la tarde se reunieron los jefes militares de Buenos Aires —de la Capital Federal y de la Provincia— y algunos del interior, que se encontraban "casualmente" en la ciudad. La reunión se efectuó esta vez en la Oficina del comandante en jefe del ejército, general Carlos Toranzo Montero, a quien no hay que confundir con su hermano el general Federico Toranzo Montero, quien tiene la jefatura de la gendarmería...

Dicha reunión fue sólo de los jefes del ejército. En la Secretaría de Marina hubo ostensiblemente una reunión de los superiores de esa rama, a la cual concurrió también el jefe de la Policía Federal, que es un marino...

Era el secreto de Polichinela que las fuerzas armadas estaban deliberando porque tenían "inquiétudes" y presentarían al Jefe del Estado un pliego con "sugerencias". El martes, antes que el pliego fuese presentado, el general Larcher renunció a la Secretaría de Guerra y entregó su renuncia por vía de la Comandancia en Jefe del Ejército. Esa misma noche Frondizi tuvo en sus manos el pliego con las "sugerencias".

Al día siguiente, miércoles 12, el Presidente se reunió con los jefes de las tres ramas de las fuerzas armadas y al final de la reunión emitió un comunicado por el cual se hacía saber vagamente que las "sugerencias" sobre "problemas de fundamental importancia" serían consideradas y que los jefes del Ejército, la Marina y la Aeronáutica coincidían "en la necesidad de mantener el orden constitucional y las autoridades de él emanadas". Como prueba de esto último, el general Larcher reasumió su cargo. Pero 24 generales presentaron entonces su expediente de retiro de las filas.

No alcanzó a durar Larcher ni 24 horas porque Frondizi recibió un ultimatum y debió pedirle su renuncia. En el documento en que la presentó fue donde el ex-secretario de Guerra expresó sus opiniones sobre la lealtad del comandante en jefe del Ejército y su doctrina sobre la amplitud del marco de la Constitución por lo que se refiere a la acción de los militares.

Larcher fue sustituido por el general Rosendo Fraga y en la jefatura del Estado Mayor del Ejército fue colocado otro general de la confianza de Toranzo Montero. Este emerge, en realidad, como el hombre fuerte de la Argentina.

LAS PERSPECTIVAS INMEDIATAS

Algún día los historiadores decidirán si el presidente Frondizi ha hecho bien en ceder repetidas veces ante la presión militar para mantenerse en el cargo y conservar así, formalmente siquiera, el régimen constitucional en la Argentina y la posibilidad de que él se afirme pacíficamente. Esa política de concesiones, ante la fuerza, con desmedro de la dignidad personal del presidente y, desde luego, de la del cargo, comenzó incluso antes que Frondizi asumiera la presidencia.

Por lo que hasta ahora al menos se puede apreciar, semejante actitud no ha rendido muchos frutos, pues con cada éxito los militares se han envalentonado y con cada concesión el presidente ha perdido prestigio moral. A juicio de muchos, en esta última crisis, Frondizi tenía los elementos para resistir a la presión del Ejército. No todo éste se halla detrás de Toranzo Montero. El comandante en jefe del Ejército tiene el respaldo de la gran mayoría de los generales, pero la Marina y la Aeronáutica se mostraron dispuestas, a través de sus jefes, a apoyar las prerrogativas constitucionales del presidente de la Nación obedeciendo sus disposiciones. Frondizi prefirió no aprovechar esas buenas disposiciones y se rindió al Ejército.

Hasta el momento de redactarse este comentario no se habían hecho públicas las exigencias detalladas del Ejército. La realización de la política que éste exige supondría el reemplazo de, por lo menos, dos ministros: el del Interior, Alfredo Vitolo, acusado de ser blando con peronistas y comunistas, y el de Economía Alvaro Alsogaray, cuya política de "austeridad", si bien es aprobada en sus líneas generales por el Ejército, es criticada en su modo de aplicación práctica.

¿Decidirá Frondizi resistir en su segunda línea de trincheras y negarse en detalle a las exigencias que aceptó de modo general o teórico?

No parece verosímil, dado lo ya ocurrido, pero aún es posible, pues se están ejerciendo ahora sobre él poderosas presiones en sentido contrario al de aquellas que lo llevarán a ceder. En todo caso, a la fuerza armada, el presidente deberá tener la resolución o audacia de oponer la fuerza armada. La moral podría salvar su figuración ante la historia, pero no parece que pueda ya asegurarse su mantenimiento en el cargo.

Bien puede que todo lo ocurrido en la Argentina sirva de lección y experiencia para otros países de América Latina.

ALEJANDRO MAGNET

Economía Capitalista y Marxista y el Evangelio

"La ciencia de la economía comenzó a edificarse como las otras ciencias de la época moderna, partiendo de la observación de los hechos. Pero si los fisiócratas y los representantes de la economía clásica creyeron hacer una obra sólida al considerar los hechos económicos como si hubieran sido fenómenos físicos y químicos, sometidos al determinismo de las leyes de la naturaleza, la falsedad de tal concepción se revela en la contradicción manifiesta entre la armonía teórica de sus conclusiones y las terribles miserias sociales que dejan subsistir en la realidad. El rigor de sus deducciones no podía remediar la debilidad del punto de partida; en el hecho económico sólo habían considerado el elemento material, cuantitativo y descuidaban el esencial, el elemento humano, las relaciones que unen el individuo a la sociedad y le imponen normas no materiales, sino morales en la manera de usar de los bienes materiales. Desviados de su fin comunitario, éstos se convierten en medios de explotación del más débil por el más fuerte, bajo la ley de la sola y despiadada concurrencia.

Para remediar este defecto el marxismo se esfuerza en revalorizar el aspecto social de la economía y en evitar que los particulares acaparen en su provecho exclusivo los medios de producción. Pero, por un error no menos funesto, pretende ver en el hombre sólo un agente económico y hacer depender de las relaciones de producción toda la estructura de la sociedad humana. Si no está ya entregado al juego arbitrario de los poderes del dinero, el hombre se encuentra encerrado y aplastado en el marco social de una sociedad endurecida por eliminación de los valores espirituales, y tan despiadada en sus reacciones y en sus exigencias como el capricho de las voluntades particulares.

De una y otra parte se ha omitido el mirar el hecho económico en toda su amplitud: a la vez material y humano, cuantitativo y moral, individual y social. Más allá de las necesidades físicas del hombre y de los intereses que ellas exigen, más allá de su inserción en las relaciones sociales de producción, habría sido necesario considerar la actividad verdaderamente libre, personal y comunitaria del sujeto de la economía...

Que nos sea permitido prolongar aún esta perspectiva recordando una palabra del Evangelio que traduce la visión cristiana del problema de la producción y la utilización de los bienes materiales: "Buscad primero el reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura". Aún como sujeto de la economía, el hombre no puede jamás introducir una separación completa entre los fines temporales que él persigue y el fin eterno de su existencia.

Si los trabajos de los técnicos de la economía no abordan directamente este plano de la realidad, pueden, sin embargo, encontrar su orientación en una concepción de conjunto de su ciencia que dé lugar a ese comportamiento y a los principios que presupone: estamos seguros de que encontrarán en ella acertadísimas inspiraciones".

(Palabras del Papa Pío XII, el 9 de Septiembre de 1956, a la Asociación Internacional de Ciencias Económicas).

Frente al Comunismo

"A su regreso de Roma, el Cardenal Arzobispo de Buenos Aires, Antonio Caggiano, ha declarado que durante el Congreso Mariano que se celebrará del 10 al 13 de Noviembre del corriente año, los Prelados de América se dedicarán a la tarea de estudiar la forma de combatir el comunismo. El Pensamiento del Papa en este sentido es claro: No debe atacarse al comunismo, sino ganarle el terreno. Para ello —agregó el Cardenal— se efectuará una campaña de ilustración a través de las Universidades Católicas y Colegios del continente. Ha llegado el momento de que la gente sepa que atacando la ideología comunista hacemos una campaña negativa. No olvidemos que el comunismo tiene su mística que es una doctrina. Para esto no conviene inculcar a los fieles el odio al comunismo, sino crear una conciencia general basada en argumentos racionales, de forma que el católico pueda defenderse contra esa doctrina."

(Copiado textualmente de "ECCLESIA", órgano de la dirección central de la Acción Católica española. N.º 997, pág. 28).